

Poética de la complejidad

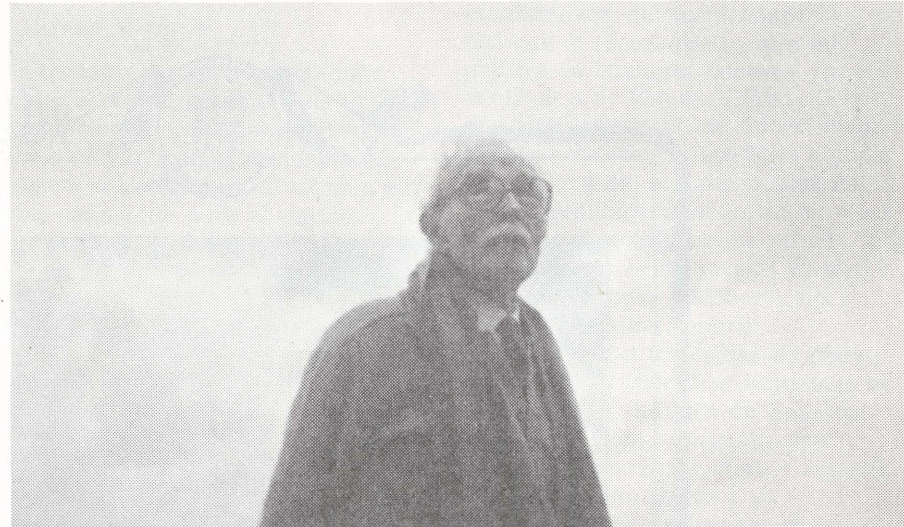
José Carlos Rovira

CON la obra de Gil-Albert se puede pasar, casi sin darnos cuenta, del interés al apasionamiento. Es un fenómeno de lector que ocurre en relación a autores ejemplares. Anotamos un motivo en la memoria, lo conservamos un tiempo, y, un buen día, reaparece en otro espacio de la obra como prolongación o insistencia reflexiva, planteando otras claves, otros recursos, otros ámbitos.

A veces me he preguntado cuál era el tema central de esta obra, cuya amplitud nos desborda al principio: ¿El tiempo? ¿La naturaleza? ¿La sociedad en tránsito? ¿La cultura? ¿El amor? ¿El autor...?

Posiblemente no hay un tema central. Hay un conjunto de temas unificados por el autor y su reflexión: remembranza de sí mismo en todo caso, la amplitud temática es un problema de la experiencia de vivir: un crisol cotidiano funde todo lo demás, lo unifica en la prosa, lo destila lentamente en el poema. Los géneros literarios en Gil-Albert son el crisol y el alambique. Fusión y destilación como procedimiento clasificatorio de una actividad.

El poema, que concentra, se nos abre siempre después a un haz amplísimo de referencias en la prosa. Un carretero, que canta en un poema, por ejemplo, nos remite, en imagen reiterada, a la experiencia esencial de la infancia, en la que el canto de los arrieros provocó que la tierra tuviera ya siempre voz para el poeta y, a partir de ahí, aquel sonido, aquella imagen, aquel color del cielo y de la tierra, que acompañaban la



figura, fueron provocando un sentimiento mediterráneo que se despliega desde la experiencia de lo terrestre, a la cultura como identificación: Grecia, por ejemplo, recorrida probablemente por el mismo carretero visto en la costa alicantina.

El ejemplo sigue a través de un hombre que oyó un día el canto de la cigarra y, comprobó, después, que su sensación era parecida a la que en el siglo V antes de Cristo sentiría Anacreonte, con quien, por un conjunto de identificaciones en el vivir, construye sentimientos capaces de generar poesía.

Pero éste es un ejemplo mínimo de la complejidad cultural del autor: la naturaleza siempre es la clave de un texto sobre el que el poeta puede darnos sus sentidos. Si éstos coinciden con los de alguien, mejor todavía: el autor reafirma seguridades y pasea, a partir de la experiencia de la tierra y de sí mismo, por nombres que se llaman presocráticos, Platón, Píndaro, Anacreonte, Teócrito, Dante, Ronsard, Leopardi, Nietzsche, Maragall, Proust, Gide, Miró...

La cultura es entonces una referencia de la experiencia de la vida, en la que el autor va haciendo a todos casi sus contemporáneos: ésta es una clase de humanismo no exenta de aparentes contradicciones:

¿Cómo conciliar Platón con Nietzsche por ejemplo, las ideas con los sentidos, con el cuerpo...? Pero no es el terreno del pensamiento el que define las contradicciones, sino el del vivir. ¿Contradicciones por otra parte? Paradojas constituyentes, llama a esto uno de sus escritos. La más sobresaliente, entre muchas, es cómo Gil-Albert ha conciliado su decadentismo, que es para él una forma heroica de sobrevivir, con un progresismo radical en todos los terrenos, desde la moral personal a la social. Si su biografía —y por lo tanto su obra— nos remite a un mundo interior de aislamiento de una masa despreciada, de ocio, de añoranza de las formas de vida de la nobleza, de lujo, etc., nadie olvide situar este paradigma decadentista junto al de un comportamiento histórico, también ejemplar, porque Juan Gil-Albert es un español de la guerra civil, del exilio y del silencio interior, al que sólo podemos medir por su continua integridad.

Gil-Albert

